

LUCRECIO Y LOS LEONES¹

Juan Gil

Universidad de Sevilla

Intento de explicación de Lucr. 5.1308 ss. a través de Plut. *Brut.* 8.6-7.

An attempt to explain Lucr. 5.1308 ff. through Plut. *Brut.* 8.6-7.

La interpretación de Lucrecio, 5.1308 ss. ha dado lugar a muy diversos pareceres. Antes de exponer mi opinión es conveniente recordar los versos del poeta:

*Temptarunt etiam tauros in moenere belli
Expertique suos saeuos sunt mittere in hostis.
Et ualidos partim prae se misere leones
Cum doctoribus armatis saeuisque magistris
Qui moderarier his possent uinclisque tenere,
Nequiquam, quoniam permixta caede calentes
Turbabant saeui nullo discrimine turmas,
Terrificas capitum quatientes undique cristas,
Nec poterant equites fremitu perterrita equorum
Pectora mulcere et frenis conuertere in hostis.
Irritata leae iaciebant pectora saltu
Vndique et aduersum uenientibus ora petebant*

¹ Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a los Dres. D. López-Cañete y F. Socas, los dos profesores de mi Departamento, por las valiosas sugerencias que han hecho a este trabajillo mío. El Dr. P. Bádenas, del CSIC, me ha facilitado muy amablemente acceso a bibliografía que me faltaba en Sevilla. Este trabajo se inserta en la ayuda PB 98-1155.

*Et nec opinantis a tergo deripiebant
 Deplexaeque dabant in terram uulnere uictos,
 Morsibus adfixae ualidis atque unguibus uncis.*

En su gran comentario (III, p. 1529, cf. asimismo I, p. 11), C. Bailey confiesa la perplejidad o, mejor dicho, la profunda desazón que le producen estos versos: "Whence did Lucr. obtain these strange stories? The commentators are unable to adduce any authority for them, and I am unaware of any parallel account of the actions of primitive man, except in Diodorus Siculus i.48.1 where he describes a representation on a wall of an Egyptian king fighting with a lion at his side 'who shares in the fight in a terrifying manner'; but this is explained by some of the guides as an expression of the king's lion-like courage"². Lo mismo viene a decir W. W. De Grummond: "Nothing in Roman tradition can parallel or explain the phenomenon to which he refers"³. La única solución que se ha brindado hasta ahora es la de J. Aymard, desarrollada más por extenso por K. L. McKay⁴. Según estos autores, la posible fuente de inspiración de Lucrecio pudieron ser las *uenationes*, en las que se introdujeron leones a partir del 93 a.C.⁵: durante el curso de alguna de ellas el poeta pudo presenciar un conflicto entre hombres y bestias como el descrito en estos versos. No hay sino recordar cómo, efectivamente, dos epigramas de Marcial (*Spect.* 10.2.75) cuentan cómo un león descuartizó entre sus garras a su antiguo *magister* y otro a dos esclavitos. Mas antes de proseguir volvamos a Lucrecio.

² C. D. N. Costa, aunque se muestra más moderado, declara asimismo: "the source of the tradition we do not know", citando el uso bélico de toros, perros y camellos (*Lucretius. De rerum natura* V [Oxford 1984] 143). Según Schrijvers (*Horror ac diuina uoluptas* [Amsterdam 1970] 302-305), Lucrecio hizo en 5.1308ss. una representación alegórica de los desastres de la guerra, sin describir sucesos acaecidos realmente; para E. Kenney ("The Historical Imagination of Lucretius", *Greece and Rome* 19 [1972] 22 y 23), el poeta trató de mostrar los horrores que puede causar el hombre en la desesperación. Conozco estas dos últimas obras por las referencias que da J. A. Shelton en el artículo citado más abajo en n. 3.

³ "On the Interpretation of *De rerum natura* V 1308-49", *Atene e Roma* 27 (1982) 51. El pasaje está considerado bajo otro punto de vista por J. A. Shelton, "Lucretius on the Use and Abuse of Animals", *Erano* 94 (1996) 48 ss., que desarrolla ideas de Saylor: Lucrecio esboza una teoría ética relacionando el "placer" con el conocimiento de cómo vivir con los animales, estableciendo relaciones con unos animales ("the animal contract" del que hablaba Desmond Morris) y separándose físicamente de otros: el uso de fieras en la guerra indica el fracaso del hombre en comprender el verdadero fundamento del placer. Me ha sido inaccesible el artículo de Ch. Segal, "War, Death and Savagery in Lucretius. The Beasts of Battle in 5, 1308-49", *Ramus* 15 (1986) 1 ss., pero a juzgar por las citas de Shelton no aborda el tema que aquí nos interesa.

⁴ "Animals in War and *ισονομία*", *AJPh* 85 (1964) 124 ss.; a su opinión se acuesta De Grummond (*art. cit.* 51, n. 3 y 52, n. 10).

⁵ Plin. *N.H.* 8.7.19, 8.20.53; Sen. *Breu.* 13.6. Las *uenationes*, evidentemente, dieron oportunidad a los romanos de familiarizarse con los animales salvajes, y más concretamente con el león. La famosa historia de Androcles, según A. G. Brodeur ("Androcles and the Lion", *The Charles Mills Gayley Anniversary Papers, University of California Publications in Modern Philology*, XI [Berkeley 1922] 197 ss.), habría sido una invención de Apión: el incidente verdadero lo debió de ver Apión en unos juegos que describe Séneca (*De ben.* 2.19), en los que un león salvó la vida a uno de sus cuidadores.

En efecto, en 5.1341 ss. hay una extraña *retractatio* de todo lo anterior, como si el poeta, mejor informado, quisiera poner límites de manera taxativa a lo que anteriormente había dicho:

- Si fuit ut facerent. Sed uix adducor ut ante*
- 1343 *Quam commune malum fieret foedumque, futurum*
- 1342 *Non quierint animo praesentire atque uidere...*
Sed facere id non tam uincendi spe uoluerunt,
Quam dare quod gement hostes, ipsique perire,
Qui numero diffidebant armisque uacabant.

La primera idea puede ser una simple elucubración teórica: si se domestican elefantes para servirse de ellos en la guerra, bien podría admitirse *a priori* la posibilidad de adiestrar otros animales con idéntica finalidad. En cambio, la *retractatio* introduce un matiz radicalmente nuevo: si antes se hablaba de una batalla campal, en la que las fieras habrían de desempeñar el papel de la caballería, precediendo a los infantes en su carga arrolladora contra el enemigo (*prae se misere*), ahora las alimañas son el arma única con que se cuenta para dar el último combate. Esta *retractatio*, con su viveza inusitada y, por lo relativamente ilógica, incomprendible para Lachmann (“Haec intelligere nullo modo possum”, confiesa el genial filólogo; en efecto, es la única vez que Lucrecio se corrige a sí mismo, y de una manera tan tajante), parece surgida al calor de una terrible experiencia coetánea, una tragedia que demuestra que el hombre —y no sólo el hombre primitivo, a quien según Bailey se refiere el poeta— comete torpezas enloquecidas enfrentado a una situación límite. En efecto, aunque se ha insistido machaconamente en que todo este pasaje carece de toda base histórica y que aquí prevalece el poeta sobre el pensador⁶, más bien lo cierto es lo contrario: la descripción de Lucrecio responde a una realidad, y a una realidad contemporánea.

Después de que la suerte de Roma se hubiera decidido en la llanura de Farsalia (48 a.C.), Fufio Caleno, el cesariano *enragé* que nos es conocido sobre todo por el famoso discurso que puso en su boca Casio Dión (46.1 ss.), acuartelado con quince cohortes cerca de Mégara (Plut. *Caes.* 43.1), se decidió a tomar por asalto la ciudad que, como casi toda la Hélade, se había inclinado del lado de Pompeyo, pero que todavía resistía sin doblegarse ante el poder de César. Viéndose perdidos, los megarenses, en un arrebato de desesperación, soltaron de sus jaulas a unos leones que Casio tenía allí guardados, pensando en celebrar como edil⁷ unos juegos; pero las fieras, en vez de arremeter contra los enemigos, hicieron justamente

⁶ Así sobre todo Ch. Saylor, “Man, Animal and the Bestial in Lucretius”, *Classical Journal* 67 (1971-1972) 311: “We have a description of warfare that is beyond satisfactory explanation from available historical evidence and on the poet’s own say so”.

⁷ La magistratura parece error de Plutarco: Casio fue procustor de Siria en el 52/51 y tribuno de la plebe en el 49. Según Casio Dión (42.14.3-4), Fufio hizo un brutal escarmiento, haciendo esclavos a los cautivos, aunque para evitar la ruina total de la ciudad tomada los vendió a sus familiares y por poco precio. Sobre la actuación de Mégara en la guerra entre César y Pompeyo cf. E. Meyer, *RE* s.v. ‘Megara’ (1931) c. 197, 31 ss.

lo que describe Lucrecio, atacar a sus libertadores: “se abalanzaron sobre aquéllos y los despedazaron mientras corrían de acá para allá desarmados, de modo que fue un espectáculo lastimero incluso para los enemigos”⁸. Los leones pudieron ser capturados de nuevo, a lo que parece, pues César se quedó con ellos en vez de devolvérselos a Casio: apropiación indebida que Casio llevó muy a mal y que fue uno de los motivos, según Plutarco, que lo indujeron a conspirar contra el dictador.

Aquí tenemos todos los tópicos que desconciertan a los filólogos: utilización insensata de fieras y estragos causados por las mismas en las propias filas. La semejanza no se detiene ahí: quienes abrieron las puertas a los leones en Mégara fueron evidentemente los *doctores* y *magistri* de que habla Lucrecio, aunque después los leones, excitados y enfurecidos, no obedecieran ya a sus domadores. La escena, tan parecida en la poesía y en la realidad, explica sin más algunas coincidencias de vocabulario: ὠρουσεν ἐπ’ αὐτοὺς ἐκείνους καὶ διαθέοντας ἀνόπλους ἤρπαζεν = *iaciebant pectora saltu... et ora petebant et... deripiebant*. Mas sobre todo me interesa poner de relieve dos correspondencias de lo más llamativas: la de ἀνόπλους = *armisque uacabant* (no me convence la conjetura *uolebant* de García Calvo) y la de ὡς ἐμποδῶν εἶη τὰ θηρία τοῖς ἐπιφερομένοις = *dare quod generent hostes*. Por un lado, la carencia de armas; por otro, la idea de poner trabas al enemigo. La intención de los megarenses inermes al soltar las fieras corre parejas con la interpretación que al final, un mucho παρὰ προσδοκίαν, pero más sabiamente, hace suya el poeta en la *retractatio*.

Sin duda, la tragedia inesperada que acaeció en Mégara conmovió profundamente a los contemporáneos. A su difusión contribuyó, además, el hecho de que verse despojado de sus animales fuese uno de los motivos del rencor obsesivo de Casio contra César. ¿Pudo llegar el drama a oídos de Lucrecio? ¿Fue éste el estímulo que lo incitó a desarrollar el tema con amplitud, extrapolando la experiencia coetánea a los tiempos prehistóricos? La tambaleante cronología de la vida de Lucrecio no parece admitir en principio esa posibilidad: la toma de Mégara tuvo lugar en el 48 a.C., mientras que la noticia de S. Jerónimo estira la vida del poeta hasta el 51/50 a.C. y la biografía de Virgilio fecha su muerte en el 55 a.C. Ahora bien, la primera datación es un cálculo hipotético (una resta de los años de vida de Lucrecio a la fecha de su nacimiento) y la segunda parece un sincronismo simbólico: un gran poeta (Virgilio) toma la toga viril, se hace hombre, cuando otro gran poeta (Lucrecio) muere, pasando el cetro de la poesía de uno

⁸ Plut. *Brut.* 8.6-7. Me parece conveniente dar el texto íntegro: λέγεται δὲ Βρούτος μὲν τὴν ἀρχὴν βαρύνεσθαι, Κάσιος δὲ τὸν ἄρχοντα μισεῖν, ἄλλα τε κατ’ αὐτοῦ ποιούμενος ἐγκλήματα καὶ λεόντων ἀφαίρειν, οὗς Κάσιος μὲν ἀγορανομεῖν μέλλων παρεσκευάσατο, Καίσαρ δὲ καταληφθέντας ἐν Μεγάρους, ὅθ’ ἡ πόλις ἦλθε διὰ Καλήνου, κατέσχε. ταῦτα τὰ θηρία συμφορὰν λέγεται μεγάλην γενέσθαι Μεγαρεῦσιν. οἱ μὲν γὰρ ἤδη τῆς πόλεως καταλαμβανομένης διέσπασαν τὰ κλεῖθρα καὶ τοὺς δεσμοὺς ἀνῆκαν, ὡς ἐμποδῶν εἶη τὰ θηρία τοῖς ἐπιφερομένοις, τὰ δ’ ὠρουσεν εἰς αὐτοὺς ἐκείνους καὶ διαθέοντας ἀνόπλους ἤρπασεν, ὥστε καὶ τοῖς πολεμίοις τὴν ὄψιν οἰκτρὰν γενέσθαι.

a otro. Tampoco la carta de Cicerón a su hermano Quinto aporta una prueba definitiva, ni mucho menos, de que Lucrecio estuviese muerto en el 55 a.C.: ésta es una deducción moderna que se basa en el débil entramado de los datos anteriores. Y es que, por regla general, tanto los antiguos como los modernos tienden a hacer morir a los protagonistas de su historia cuando les falta documentación, interpretando equivocadamente la ausencia de fuentes como indicio de fallecimiento.

Las noticias biográficas, como se ve, se apoyan sobre arenas movedizas. Preciso es observar, a mayor abundamiento, que, como todo poeta racionalista (sin llegar a ser ateo), Lucrecio fue el blanco predilecto de los moralistas, paganos y cristianos, que se cebaron con saña en su persona y en las supuestas calamidades que hubo de padecer por su contumaz epicureísmo. La misma fábula de la locura –justo castigo a la perversidad de quien niega la providencia divina– pudo haber surgido como una falsa y malévolamente interpretada del *furor*, ‘la inspiración’, el enajenamiento del poeta poseído por Apolo⁹: del *docti furor arduus Lucreti* había hablado precisamente Estacio (*Silu.* 2.7.75)¹⁰, y *furor* significa asimismo ‘locura’. En otro lugar¹¹ mostré cómo San Isidoro, al imaginarse a Lucrecio revolcándose como un cerdo en el cieno, no hizo más que trasponer a su figura una metáfora tomada de un pasaje humorístico de Horacio.

Por tanto, tienta sobremanera la idea de suponer que, si no toda la famosa historia de los leones utilizados en la guerra, cuando menos la *retractatio* surgiera en la mente del poeta a raíz del desastroso experimento hecho por los megarenses, con el fin de matizar, hablando con más conocimiento de causa, las afirmaciones expuestas antes quizás en un plano demasiado general y vago, sin tener en cuenta el meollo de la cuestión: que la causa del intento desatinado fue la desesperación de quienes se agarraron, como última salvación, a un clavo ardiendo; pero no hubo después la necesaria labor de lima y así acabaron por coexistir la versión original, compuesta antes o a través de noticias más brumosas de lo sucedido, y la *retractatio*, redactada al calor de los acontecimientos o cuando el poeta recibió más completa información de los mismos. Esta hipótesis nos llevaría a concluir, en consecuencia, que Lucrecio estaba vivo todavía en el 48 a.C.: aún queda un amplio margen de tiempo para que, si lo que narra San Jerónimo está en lo cierto, Cicerón, muerto el 7 de diciembre de 43 a.C., pudiese *emendare* con calma el poema sobre la naturaleza de las cosas, que habría leído bien en parte, bien inacabado en el 55 a. C. Creo, sinceramente, que ésta es una posibilidad muy a considerar, aunque tal vez alarme a los defensores del orden filológico, que a veces tienen muy malas pulgas.

⁹ Así lo advirtió con gran agudeza K. Ziegler (*Hermes* 71 [1936] 420 ss.).

¹⁰ De la misma manera, en otros lugares Estacio habla de la *amentia* poética (*Theb.* 10.830) o del *furor* (*Theb.* 12.808). Por otra parte, *furor* es el término empleado para designar la locura producida por un filtro amoroso (cf. Ouid. *Ars* 2.106 *philtrā nocent animis uimque furoris habent*): de ahí el fácil deslizamiento conceptual

¹¹ “Parerga”, *Emerita* 30 (1962) 131 ss.

En cualquier caso, se acepte o no mi sugerencia sobre la cronología de la vida lucreciana, creo haber probado que los antiguos emplearon leones como un último y desesperado recurso bélico¹²; por tanto, Lucrecio no estaba tan loco como piensan algunos –entre ellos Bailey, a quien este pasaje (y sobre todo los versos 1343-47, poco inteligibles, a decir verdad) le hace dudar de la cordura del poeta–. De la utilización de bueyes en la guerra es buen ejemplo la famosa estratagema de Aníbal en el desfiladero de Tarracina (Liu. 22.16-17), quizá fuente de inspiración de Rudyard Kipling para la escena de la muerte del tigre Shere Khan. Falta por documentar el empleo de jabalíes: ¿saldrá a la luz alguna vez una anécdota que vuelva a dar la razón a nuestro Lucrecio?

¹² Recuérdese también que bestias salvajes fueron soltadas contra el enemigo en la desordenada campaña de Caracala contra los partos (*SHA Car.* 6.4); por ello Lambino aceptó en nuestro pasaje la conjetura *Parthi por prae se* en v. 1310.